

No una estrella, sino una constelación

La Redacción

En esta especie de abanico de artículos que encuentras en este número de Unidad y Carismas, se cuentan, desde diversos puntos de vista, las relaciones entre jerarquía y carismas, era necesaria también de una especie de ventana abierta al futuro. No basta encontrar las fórmulas adecuadas, es necesario que exista el contexto en el que estas fórmulas encuentren apoyo. Después de algún intento fallido (entrevistas fallidas, preguntas no respondidas ...) hemos decidido, sin embargo, intentar hacer un diseño como un esbozo del horizonte de novedad oculto bajo la co-esencialidad.

NO hay duda que el tratado sobre el carácter co-esencial de los dones jerárquicos y carismáticos significa abrir una nueva perspectiva eclesial. Un decisivo paso adelante hacia la realización de una real eclesiología de comunión. Es una fórmula feliz que, aunque fue pronunciada por san Juan Pablo II en Pentecostés de 1998 y, por tanto, en realidad se mantuvo aislada y sin ser realmente recibida por la Iglesia durante casi 20 años, ahora encuentra aceptación en la reflexión y el pensamiento teológico, también por parte de la teología que podemos llamar “oficial”.

Las lecciones del Vaticano II

Pero no debemos olvidar las lecciones

del Vaticano II. En aquel momento de gracia aparecieron muchas perspectivas nuevas, se abrieron tantas puertas, que el entusiasmo se disparó. Era normal. ¡Argumentos, opiniones, críticas que antes se decían solo en voz baja, y solo a los amigos más fieles, porque se consideraban opiniones un tanto atrevidas, contrarias a la tradición, y, por tanto, potencialmente peligrosas, se proclamaron de repente en público, y precisamente desde el mismo magisterio de la Iglesia! Los que participaron directamente en aquellos días, decían que no lograban entender estas novedades desconcertantes.

Pero después de cincuenta años se ve claramente que no bastan los grandes títulos. Algunos de estos nuevos horizontes,

tan prometedores, apenas se han desarrollado. Cuando aparecen de vez en cuando en los discursos teológicos de hoy, se utilizan las mismas fórmulas utilizadas hace cincuenta años. Y esto quiere decir que no ha habido evolución, profundización, maduración.

Era bellissimo oír hablar al Concilio sobre la “colegialidad episcopal” y ver que también se creaban los instrumentos y las estructuras para desarrollarla (sínodo de los obispos). O también del sacerdocio común de los fieles. Pero, ¿se ha dado después un verdadero desarrollo? Y si no ha sido así, ¿cuál ha sido el motivo? Posiblemente puedan indicarse muchos motivos diversos, pero, según mi opinión, la cuestión decisiva era que a estos nuevos puntos les faltaba un marco teológico adecuado.

El marco tradicional no permitía el desarrollo. Y este es el riesgo que hay que evitar con esta propuesta de la co-esencialidad entre los dones jerárquicos y carismáticos. No sea que, al final, la co-esencialidad se convierta en una especie de “medalla conmemorativa”, en una especie de estrella que ilumina el cielo común, estrella a la que todos hacen referencia, pero que, en realidad, no dice nada significativo o especial. Es algo decorativo.

El origen de la co-esencialidad

Alguno puede pensar que el reconocimiento de la co-esencialidad eclesial de las realidades carismáticas. –nadie ha cuestionado la condición esencial de los dones jerárquicos– haya nacido por entender que había una falta importante en la comprensión de estos carismas. Esto ya sería mucho. Durante siglos, la falta de reconocimiento del origen neumático de los carismas ha reducido la comprensión eclesial de las órdenes y de las congregaciones a

una visión puramente canónica: un estado de vida especial, fruto de una llamada particular del Señor. En realidad, sin embargo, el marco es mucho más amplio. Y es necesario tomar conciencia de ello.

Era bellissimo oír hablar al Concilio sobre la “colegialidad episcopal” y ver que también se creaban los instrumentos y las estructuras para desarrollarla (sínodo de los obispos). O también del sacerdocio común de los fieles. Pero, ¿se ha dado después un verdadero desarrollo?

Si los carismas deben de ser reconocidos como intervenciones del Espíritu Santo es porque antes se ha superado la histórica y rígida separación de la Trinidad con respecto a lo creado. Y esto significa que la raíz más profunda de la co-esencialidad se encuentra en el claro propósito del Vaticano II de recuperar la dimensión trinitaria de Dios. Esta conciencia da una nueva dimensión, un horizonte mayor a la novedad del carácter co-esencial.

Este estilo de investigación coincide con la perspectiva global del Concilio. Cuando los padres conciliares se pusieron a reflexionar sobre la idea de Iglesia desde el trípode de la recuperación de la Trinidad, del restablecimiento del lugar que corresponde a la Palabra de Dios en el proceso teológico, de la centralidad de Cristo para pensar la relación entre natural y sobrenatural, ¿cuál es el modelo de Iglesia que ha surgido?

No ha surgido la visión clásica que hace hincapié en la diversidad entre los estilos cristianos de vida, que promovía la separación entre las vocaciones, y la clasificación jerarquizada entre los diversos estados,

sino que dio lugar a la dimensión común universal, previa a cualquier clasificación, donde todos coinciden, donde todos somos “uno”, dimensión que san Pablo caracterizaba así: «*Los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay más judíos ni griegos, ya no hay esclavos y libres, ya no hay hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús*» (Gal 3, 27-28). Llamada universal a la santidad, participación de todos en la dimensión profética, sacerdotal y real de Cristo, sentido de la fe común a todos los fieles, son algunos de los aspectos que se han manifestado en este emerger de la dimensión común, que unifica a todos: ser hijos e hijas de Dios.

A mí me parece que también esta comprensión de los dones jerárquicos y carismáticos como co-esenciales y complementarios, brota de esa base común, de esa especie de vocación fundamental previa a cualquier vocación concreta.

La razón es simple. En esta nueva visión, los rasgos distintivos que servían para distinguir –también para separar– las diferentes vocaciones entre ellas, se comprenden de forma diferente. Por ejemplo, la perfección. Desde este horizonte se entiende que lo que lleva a la perfección es la caridad, de la que ninguna vocación tiene la exclusiva. Todos están llamados a la santidad encarnando la caridad en el modo de vida al que han sido llamados por Dios. No importa tanto cuál sea tu estado de vida, sino vivir la perfección de este estado a través de la caridad. Lo mismo se puede decir de la autoridad. Como afirma el Papa Francisco, «*la única autoridad es la autoridad del servicio y el único poder es el poder de la cruz*». El sacerdocio de Cristo es ante todo servicio (lavar los pies) y dar la propia vida, y la misma idea de autoridad en la Iglesia es modelada de un modo especial, en el sentido de que «*en esta Igle-*

sia, como en una pirámide invertida, la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen autoridad se llaman “ministros”, porque, según el significado originario de esta palabra, son los más pequeños de todos»².

Como confirmación de esta tesis, quisiera mencionar cómo el Papa Francisco concede a la categoría de “pueblo de Dios” un carácter prioritario por la capacidad de expresar esta raíz común que nace del bautismo.

Esto significa que la raíz más profunda de la co-esencialidad se encuentra en el claro propósito del Vaticano II de recuperar la dimensión trinitaria de Dios. Esta conciencia da una nueva dimensión, un horizonte mayor a la novedad del carácter co-esencial.

«*Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos entramos en la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. A través de él y con la unción del Espíritu Santo (todos los fieles) quedan consagrados para formar un templo espiritual y un sacerdocio santo (LG 10). Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. Nadie ha sido bautizado siendo cura u obispo. Nos han bautizado laicos y es el signo indeleble que nadie nunca podrá eliminar. Es bueno recordar que la Iglesia no es una élite de sacerdotes, de consagrados, de obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios. Olvidarnos de esto acarrea varios riesgos y deformaciones tanto en nuestra propia vivencia perso-*

nal como comunitaria del ministerio que la Iglesia nos ha confiado»³.

Por idéntico motivo el Papa considera la sinodalidad (ese caminar y discernir juntos de todas las vocaciones en el proceso eclesial) como un rasgo fundamental de la Iglesia. Afirma: «Precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la iglesia del tercer milenio»⁴. En esta ninguno está excluido: «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar es más que oír. Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todo es en escucha del Espíritu Santo, el “Espíritu de verdad” (Jn 14, 17), para conocer lo que él “dice a las Iglesias” (Ap 2, 7)»⁵.

Dimensiones abiertas a la perspectiva trinitaria

Pero solo si se añaden algunas dimensiones que se derivan de la raíz trinitaria y de la centralidad cristológica se clarifica con mayor profundidad qué se esconde detrás del nuevo concepto de co-esencialidad. Veamos primero las que se derivan de la Trinidad.

En primer lugar porque *de la dinámica trinitaria brota una nueva ontología*. Una ontología del don. Somos lo que damos. Esto es decisivo. Lo que ha bloqueado durante siglos la comunión en la Iglesia ha sido el pensamiento de la sustancia, que entendía el ser como autoafirmación, como autosubsistencia, como no tener necesidad de nada ni de nadie para existir. Un pensamiento donde la relación no contaba. En su lugar, lo que fluye de las relaciones trinitarias es precisamente lo contrario: ser significa darse, el don total de sí, por amor a los otros. Y este es el camino de

la perfección para las realidades personales. Esto es central para evitar la tentación de pensar que reconocer la co-esencialidad de los carismas solo significa que son otros los admitidos en el exclusivo club de los que deciden o tienen autoridad (¡mientras que los demás permanecen excluidos!).

También *porque introduce como elemento clave la reciprocidad*. No es suficiente que se reconozca el carácter co-esencial de los carismas. Si esto se entiende según el modelo trinitario significa que también los carismas tienen que tener una dinámica similar respecto a la jerarquía de la Iglesia, respecto a otras vocaciones y a los demás carismas. No hay que darlo por sentado. Hay que recordar que ha habido un típico individualismo y actitud cerrada típica de los carismas. Una vez que han conseguido el reconocimiento y la aprobación por parte de la autoridad eclesial, a menudo se cierran en sí mismos, dedican el tiempo y los esfuerzos solo a sus cosas, y, con la exención canónica, parece que no hacen comunión con la Iglesia a excepción de a través del Papa.

La perspectiva que nace de la reciprocidad trinitaria invita a una inserción real de los carismas en la Iglesia local, a conectar y vivir el amor recíproco con las otras vocaciones, con las otras instituciones y los otros carismas. Este es un desafío que no puede olvidarse nunca. Solo entonces la co-esencialidad traerá beneficios para toda la Iglesia.

Uno de estos aspectos de la reciprocidad tiene que ver con el desarrollo de la vocación de los carismas. Los carismas son dones de Dios para toda la Iglesia. Esto se ve con claridad en los grandes carismas. Francisco de Asís no es solo para los franciscanos/as. Es para toda la Iglesia. Pero la falta de una verdadera inserción eclesial, el hecho de haber sido individualistas ha

hecho que tantos otros miembros de la Iglesia que quizá han sido afectados por estos carismas, o han sido atraídos por ellos, se han quedado, incluso durante siglos, como realidad “satélite” que giraban en torno a las congregaciones, calificados como colaboradores, amigos, voluntarios, seguidores, tercera orden, pero no como verdaderos hijos. Eso quedaba reservado para los consagrados/as, considerados verdaderos ejemplares “DOC” de las respectivas congregaciones.

De la dinámica trinitaria brota una nueva ontología. Una ontología del don. Somos lo que damos. Esto es decisivo. Lo que ha bloqueado durante siglos la comunión en la Iglesia ha sido el pensamiento de la sustancia, que entendía el ser como autoafirmación, como autosubsistencia, como no tener necesidad de nada ni de nadie para existir. Un pensamiento donde la relación no contaba..

Pero la conciencia de que los carismas son dones para toda la Iglesia y para todas las vocaciones; la conciencia de que los carismas alcanzan su realización en la medida en que “muriendo” en la Iglesia, consiguen colorear la Iglesia con la propia tonalidad, porque, renunciando al “copyright” han dado a la Iglesia la propia identidad, está dando hoy en el concepto de familia carismática, en el sentido que las distintas vocaciones tocadas por la gracia del carisma son y se comprenden como verdaderos hijos e hijas del fundador, incluso si viven el seguimiento de Cristo según la propia vocación (como esposos, como trabajadores, como sacerdotes diocesanos), pero con

los mismos derechos y dignidad que los miembros consagrados.

Siguen a Jesús según el estilo del propio fundador o fundadora. Y puede ser que la falta de vocaciones consagradas que sufren hoy las congregaciones clásicas tenga un vínculo con esta llamada para enriquecer las otras vocaciones con los dones carismáticos. Lo he oído decir a un superior mayor de una congregación de hermanos: *«bendita falta de vocaciones consagradas que está permitiendo la multiplicación de las vocaciones de los laicos o de los casados en el instituto».*

La raíz trinitaria nos lleva a una mayor profundidad. Co-esenciales y complementarias, aunque expresen relación, son categorías poco dinámicas, que parecen definir una cualidad intrínseca de los dones de Dios. Pero si son pensadas a la luz de la dinámica trinitaria implican mucho más. Significa una comprensión relacional total de la identidad de esta realidad, por lo que los dones jerárquicos tienen necesidad de los dones carismáticos para ser lo que son (sin estos, los dones jerárquicos no sirven de nada), y tienen necesidad de vivir la propia distinción en comunión de reciprocidad amorosa. Y lo mismo se debe decir de los dones carismáticos. La reciprocidad trinitaria establece un tipo de relación que va mucho más allá de la simple acogida, cortesía o amabilidad. Esto significa expresar la realidad del Cuerpo que somos y manifestar la total independencia. La mano tiene necesidad del ojo, y no puede permitirse el lujo de decir a los otros: “No te necesito”.

Así la co-esencialidad experimenta una verdadera transfiguración, *«Yo tengo necesidad de ti –dice el obispo al casado o a la consagrada– para ser realmente yo mismo, es que necesito vivir nuestra distinción en reciprocidad compartida contigo».*

No es solo una nueva posibilidad, es la condición para vivir la propia vocación como Dios quiere. La propia identidad nace de la comunión. No es una realidad anterior o que puede ser alcanzada en una reflexión solitaria.

Esta es la forma de comunión que nace de la Trinidad y que la Iglesia está llamada a encarnar en todos sus aspectos. Dice la *Cristifidelis laici*: «En la Iglesia-Comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común –mejor dicho, único– su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio» (n. 55).

La comunión trinitaria conduce a la universalidad no uniformante. Quiero decir que el modelo divino que une la unidad y la pluralidad ayuda a comprender que la universalidad cristiana (catolicidad) no implica ninguna uniformidad. Precisamente porque en la interacción del don total y la recuperación total, se refleja la peculiaridad del que es distinto de mí. No solo. En el don recíproco total no solo lo respeto como eres, sino incluso tenerte dentro de mí, precisamente porque yo me recupero a mí mismo en el don recíproco que tú me haces. Tu peculiaridad distinta es una riqueza para mí. Y viceversa. Solo la comunión universal responde a la universalidad cristiana y cumple el deseo del Papa Francisco de pasar del modelo “esfera” (uniformante) al modelo “poliedro” (respetar las peculiaridades de cada faceta). La clave, es evidente, consiste en el don total recíproco que exige la comunión trinitaria.

Ahora tendríamos que hablar de las dimensiones que salen de la centralidad cristológica, que no son pocas (carismas como

La comunión trinitaria conduce a la universalidad no uniformante. Quiero decir que el modelo divino que une la unidad y la pluralidad ayuda a comprender que la universalidad cristiana (catolicidad) no implica ninguna uniformidad. Precisamente porque en la interacción del don total y la recuperación total, se refleja la peculiaridad del que es distinto de mí..

Evangelio encarnado: la dimensión profética de los carismas; el desafío de la encarnación: el carisma y la llamada a encarnarse en las realidades humanas, de otra manera no cumple su misión; el vínculo con la dimensión pascual de Cristo: comunión que nace de dar la vida recíprocamente. O tal vez de aquellas que se derivan de la raíz del Espíritu, que serían enormes (misión, capacidad de inculturación...) Pero no tenemos espacio. En todo caso, queda claro que, como indica el título, no basta la estrella de la co-esencialidad; sin la constelación de todas las otras dimensiones que abren el horizonte, no se consigue comprender el alcance de la novedad.

¹ Discurso del Papa Francisco 17. 10. 2015. En el 50 Aniversario del nacimiento del Sínodo de los Obispos.

² *Ibidem*.

³ Carta del Santo Padre al Cardenal Marc Ouellet. 19.03. 2016.

⁴ Discurso del Papa Francisco en el 50 Aniversario, cit.

⁵ *Ibidem*.